



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Domingo XIV Tiempo Ordinario

(ciclo B)

7 de julio de 2024



**No desprecian a
un profeta mas que en su tierra**

I. Notas exegéticas

Ezequiel 2,2-5

Son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos

La reflexión del evangelio del domingo pasado se centraba en un mensaje de confianza, hoy se centra en el mensajero. La experiencia que narra el profeta Ezequiel se ancla en su llamado y su misión, junto a la realidad del pueblo al que es enviado. Es claro que la misión no es obra del profeta, es animada por la fuerza y la gracia del Espíritu que reconforta y pone en pie al profeta para llevar a cabo el encargo a él confiado. Es la gracia del Espíritu la que capacita y sostiene y es fundamento del llamado y la elección. La misión del profeta es clara, debe proclamar el mensaje, independientemente de la actitud del pueblo: *“Te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, que reconocerá que hubo un profeta en medio de ellos”*. Se resalta la fidelidad del profeta en su misión, que está por encima de los resultados que se puedan dar, el éxito del profeta no se mide por la respuesta del pueblo, sino por su obediencia a Dios.

Ezequiel está llamado a ser un testimonio viviente del mensaje que predica, su sola presencia y su proclamación son un signo de la acción de Dios en medio del pueblo que se ve como rebelde, de dura cerviz; actitudes de desobediencia y dureza señaladas en la resistencia a la voluntad de Dios, que no solo afecta la relación con Dios, sino también la capacidad para escuchar y responder al mensaje comunicado por el profeta.





Sal 122, 1b-2b-3.-4

Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia

Este salmo es un cántico de confianza y esperanza en Dios. En él se expresa el anhelo del salmista que dirige su oración al Señor y espera una pronta y urgente respuesta. Comienza con el gesto de levantar los ojos al Señor, símbolo del reconocimiento de la grandeza y trascendencia de Dios, en comparación con las limitaciones humanas. El acto de mirar hacia arriba implica una búsqueda de ayuda y dirección divina, dependencia del Altísimo, pero también de confianza, representada en la imagen de los siervos y las siervas que miran la mano de sus amos, expresión de la misericordia. Como lo señala el pasaje anterior, nuevamente la atención está puesta en quien mira, proclama, sigue y espera.

2 Corintios 12,7b-10

Presumo de mis debilidades, porque así residirá en mi la fuerza de Cristo

Este es un pasaje profundo y revelador en el que Pablo reflexiona sobre su propia experiencia de debilidad, contrastada con la gracia de Dios a él concedida. Este texto se ha considerado, entre muchos otros escritos, una descripción de una íntima y personal relación con el Señor en la que el Apóstol justifica y defiende su tarea y la misión que ha recibido, confrontada con las dificultades significadas en la figura de *“una espina en su carne”*, signo de las realidades humanas y espirituales por las que ha atravesado. La referencia a *“un emisario de Satanás”*, sugiere que esta aflicción era una prueba severa para mantener a Pablo humilde y dependiente de la gracia divina o también es el signo de una enfermedad física, una aflicción emocional, una tentación persistente o incluso la oposición constante ante su misión. Ante este panorama, surgen como un aliciente las palabras consoladoras y reconfortantes: *“Te basta mi gracia, pues la fuerza se realiza en la debilidad”*. El misionero y su tarea se anclan en la fuerza poderosa que anima a continuar el recorrido del camino, pues solo así se puede presumir a gusto de las debilidades, los insultos y privaciones; solo así, cuando se es débil se es fuerte.





Marcos 6, 1-6

No desprecian a un profeta más que en su propia tierra

Sin perder de vista que el mensaje y la relación con Dios son elementos claves en la comprensión de la misión, este pasaje conduce a la admiración del misionero y su tarea, reconocida aquí en el profetismo de Jesús. Tras el recorrido por la orilla del lago, las aldeas, poblados y ciudades en los que predicó el Reino y sanó a los que necesitaban de curación, ahora Jesús regresa a Nazaret acompañado de sus discípulos, quienes han sido testigos de las obras y la misión realizadas. Ya ha alcanzado gran fama que llega antes que él adonde pretende ir, por lo que la espera y la admiración y hasta la curiosidad mueven a muchos a salir a su encuentro.

El sábado y la sinagoga son el tiempo y el espacio para el aprendizaje y la formación religiosa, son tan importantes que tienen sus leyes y sus ritos. Al ser reconocido Jesús como maestro, ya se le permite la enseñanza e instrucción en la sinagoga, circunstancia que causa cierta curiosidad por todo lo que se ha escuchado de él. La reacción de la multitud es de asombro: *“¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos?”*. Este asombro revela una mezcla de admiración y escepticismo. La gente de Nazaret conoce a Jesús como el carpintero, el hijo de María, y se sorprende de que alguien con un origen tan humilde posea tal sabiduría y tanto poder, de que alguien que no se ha formado en la retórica del templo de Jerusalén ahora tenga fuerza en su palabra y haga obras extraordinarias. La duda de sus paisanos llama poderosamente la atención, puesto que es consciente que no es por su mensaje si no por quien lo enseña, pues se han convencido de que de Galilea no puede salir un profeta. Ante esta actitud, Jesús expresa sentimientos de admiración, nota la falta de fe de quienes lo conocen y a quienes él reconoce, circunstancias que son el atenuante para no poder cumplir allí a cabalidad la tarea, pues no pudo hacer muchos milagros, salvo algunas curaciones. Es la falta de fe la que impide que la gracia actúe plenamente en la comunidad, pues la fe es esencial para contemplar el poder de Dios en la vida.

Jesús afirma que no desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa, recordándoles a quienes lo cuestionan, como esto ya había pasado con predicadores y profeta anteriores a él, a quienes se les cerró no solo la puerta sino el corazón, llegando al desprecio del mensaje y las palabras del Señor.





Aunque la circunstancia es compleja, la misión continúa, pues hay otros lugares, otras personas, otros momentos y otras realidades a las que hay que llegar con la fuerza del mensaje y con la presencia del mensajero, quizá allí sí estarán preparados para escuchar y abrazar la fe, como una significativa experiencia del encuentro con Dios a través de las palabras, el mensaje y la misión del profeta.





II. Pistas homiléticas

- Recaltar la importancia de la persona, la tarea y misión del profeta. quien proclama la misericordia y la alianza de Dios. Esta misión está sostenida y animada por la gracia del Espíritu Santo que capacita y reconforta al profeta.
- Recoger el sentido de la expresión de Pablo: *La espinas en su carne*, para señalar las pruebas y las aflicciones a las que se enfrenta el misionero, el profeta, superadas por la gracia divina; pues la fuerza se realiza en la debilidad.
- Hacer hincapié en la tarea y la misión de cada uno como bautizado-profeta.
- Exponer cómo la falta de fe y hasta el rechazo no deben robar al misionero el espíritu y la fuerza para cumplir a cabalidad la misión, pues Dios nunca abandona.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, la fe en el Señor Jesucristo nos convoca para celebrar la Eucaristía y, por medio de ella, celebrar la acción de gracias a Dios Padre que, en su bondad, nos ha llamado a la comunión con Él. Vivamos este encuentro con un solo corazón y una sola alma, pues, como cuerpo de Cristo esperamos en su misericordia.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios nos recuerda la importancia de la misión que hemos recibido en el Bautismo de ser profetas de Cristo para nuestro tiempo. Una misión fundamental que compromete toda nuestra vida y que conlleva el riesgo de ser incomprendidos, rechazados y perseguidos. En las lecturas de hoy encontraremos la inspiración y la fuerza para realizar esta misión siguiendo las huellas de Cristo. Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente

“Nuestros ojos se elevan al Señor, esperando su misericordia”, dice el salmista. Como pueblo creyente oremos con confianza por todos los hombres.

R./ Padre misericordioso, escúchanos.

1. Por la santa Iglesia de Dios, extendida por todas las naciones: para que con su gracia se sienta fortalecida y sostenida en la misión de anunciar el Evangelio en medio del rechazo y la indiferencia del mundo. Oremos
2. Por el Papa y todos los predicadores que son llamados a ser portadores de la salvación de Dios para sus hermanos, para que vivan en coherencia con el Evangelio que anuncian. Oremos.
3. Por los profetas de nuestro tiempo, por los que son perseguidos y calumniados por causa de seguir a Jesús, para que el Señor muestre la validez de su testimonio y los fortalezca en su misión. Oremos.
4. Por todos los enfermos de nuestra parroquia, los moribundos y sus familias: para que sepan descubrir en la cruz de su dolor a Cristo sufriente que camina con ellos y no los abandona. Oremos.
5. Por todos los cristianos que se acobardan por el miedo, por los que no abren suficientemente sus corazones a la acción del Espíritu; por los indiferentes, los ateos y los agnósticos para que, iluminados por el Espíritu Santo, encuentren el camino de la salvación. Oremos.
6. Por todos los que estamos reunidos en torno al altar, para que hagamos vida la palabra de Dios que escuchamos y seamos testigos valientes del Evangelio. Oremos.

Presidente

Que tu gracia, Señor, disipe todos nuestros temores y dé a todos los creyentes la paz del corazón. Te lo pedimos por quien es el salvador del mundo, Jesucristo tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

